

MOVIMIENTOS POPULARES Y DEMOCRACIA EN AMÉRICA LATINA¹

**Rodrigo Baño
Leopoldo Benavides
Enzo Faletto
Angel Flisfisch
Julieta Kirkwood
Eduardo Morales**

En "movimientos populares y democracia en América Latina" hemos tratado de relacionar tres temas que constituyen preocupación actual en el campo de la reflexión política y sociológica. El primero de ellos se refiere a la "crisis de la democracia" en nuestros países y el objetivo fue mostrar ciertos aspectos -sobre los cuales parece haber coincidencia- en el análisis y explicación de este hecho. En el segundo intentamos señalar que la recuperación de la democracia, en lo que a los sectores populares se refiere, no puede ser concebida sólo como una alternativa en que se contemplan "mejores condiciones de existencia" para estos grupos, sino que además debe aceptarse que éstos juegan un papel activo y protagónico en su realización. Es por esto que hemos puesto en relieve el problema de la periodización de la historia del movimiento popular de modo que su participación se entienda a partir de su propia capacidad de definir proyectos y perspectivas y no como simples "receptores" de la historia de los otros grupos y clases. Finalmente tratamos de discutir el carácter de la demanda socialista de los sectores populares puesto que postulamos que una recuperación democrática, en la que los sectores populares tengan papel activo, necesariamente tendrá que compatibilizar una demanda democrática con demanda socialista.

Insistimos en que solo se trata de un ensayo orientado a promover un debate, lo que esperamos justifique en parte la ausencia de referencias, notas, y lo que es más importante, algunas oscuridades y necesarias precisiones.

CRISIS Y CRISIS DEMOCRÁTICA

La definición de la actual coyuntura latinoamericana ha puesto de relieve el tema de la crisis política, caracterizándola en términos de la oposición democracia-autoritarismo. A partir de los acontecimientos brasileños de 1964 empezó a preverse una tendencia marcada hacia el predominio del autoritarismo. Esquemáticamente, se señalaba que el tipo de desarrollo del capitalismo latinoamericano acentuaba sus rasgos concentradores y excluyentes, creando una superestructura política acorde a esa modalidad.

El problema de la dictadura era considerado como un desprendimiento necesario del desarrollo capitalista en América Latina, puesto que éste debía basarse principalmente en la coacción de los trabajadores. A los años de la "Alianza para el Progreso", que había implicado una alianza interna y un "pacto social", se sucedía una dominación de clase que no hacía posible la participación, aunque fuera retaceada, ni tampoco podía asumir -por lo menos inicialmente- la satisfacción de crecientes demandas populares. Se señalaba que a éste fenómeno no eran ajenas las reordenaciones de la economía y de la política ligadas a la presencia decisiva de las llamadas "empresas multinacionales". Esto agravado por el hecho de que las burguesías criollas para poder insertarse en el nuevo esquema, debían hacerlo a través de un cambio drástico de las relaciones políticas y económicas anteriores. Pero no sólo la nueva modalidad de la economía debía imponerse por vía de la fuerza, sino que se postulaba que la permanencia del régimen se basaba en la capacidad constante de coacción.

La reordenación imperativa adquiriría sus rasgos más visibles en el campo político: supresión del régimen constitucional y de derecho, supresión del régimen electoral del sistema de partidos, de libertades ciudadanas, represión, etc. El conjunto de los "derechos humanos" es el que aparece amenazado o cancelado.

Junto con la necesidad de caracterizar los rasgos que asume el autoritarismo, surge también la conveniencia de preguntarse por el significado concreto de la democracia en América Latina.

La democracia implicaría la existencia de, por lo menos, un Estado de derecho, de una forma de representación de mayorías y minorías, de un régimen de partidos políticos y fundamentalmente, de un conjunto de garantías ciudadanas. Tales principios han tenido escasa vigencia en la práctica política del continente. Regímenes de minoría con exclusión expresa o tácita de la mayoría, caudillismos personales, dictaduras militares y regímenes de excepción que en la práctica se transforman en permanentes. La ausencia de democracia como experiencia política y social parece ser la verdadera historia de los países latinoamericanos.

En la historia del sistema político latinoamericano, predomina la visión de una incorporación sucesiva de distintos grupos o sectores de clases al ámbito político social, por ejemplo: incorporación de los sectores medios, presencia e incorporación formal de los sectores obreros, presencia campesina. Esta imagen de inserción sucesiva y paulatina de los distintos grupos sociales tiende a que el proceso se conciba como una ampliación constante de la "democracia", y olvide los modos políticos a través de los cuales esta presencia ha tenido lugar. Es por esto que conviene recordar que uno de los rasgos del proceso histórico latinoamericano es que el desarrollo capitalista y la consiguiente dominación burguesa, a menudo no se manifestaron en términos de una transformación radical de la estructura política. Medina Echevarría advertía sobre la capacidad de la estructura tradicional para "englutir" los procesos de modernización y Weffort explica la contradicción entre el sistema de dominación política interna de carácter "oligárquico" y la manifestación formal del mismo sistema, en términos burgueses democráticos, como la necesidad de combinar un mundo de relaciones capitalistas en el plano externo con una

¹ Las siguientes notas, que tienen el carácter de ensayo preliminar, son producto de las discusiones y escritos y escritos del Grupo de Trabajo conformado por los autores arriba mencionados.

forma tradicional de dominación política y económica en el plan interno. Ambas tesis dan cuenta del hecho de que la burguesía y la transformación capitalista en América Latina no hayan instaurado una real democracia burguesa.

Sin embargo, si bien la democracia ha sido problemática como experiencia, tiene razón Fernando Cardoso en señalar que de algún modo siempre estuvo presente como aspiración y el problema actual respecto a ella, no consiste en preguntarse el por qué de su no vigencia, puesto que su práctica ha sido escasa, sino porque aparece cuestionada como alternativa o aspiración.

La situación actual de América Latina ha sido preferentemente calificada como de crisis política y crisis social y esto no es algo arbitrario. Cabe preguntarse si lo que está en juego, no es exactamente el principio mismo de representación de la Nación. La definición del sistema político, de las formas de legitimidad, del papel de las clases y los regímenes de gobierno, constituye el núcleo más expresivo de la crisis. De ahí se desprende que, el sentido de la crisis se encuentra en el ámbito de lo político y por consiguiente, el "sentido" que orienta la comprensión del comportamiento de los sectores populares, debe encontrarse en la capacidad que éstos manifiestan para proponer un orden político alternativo.

DEMOCRACIA Y MOVIMIENTO POPULAR

El ideal democrático ha aparecido casi siempre como una utopía e incluso descartado por algunos precisamente por revestir ese carácter. Pero si existe en la "conciencia" y no en la "realidad" no es ese el argumento como para desecharlo. Al contrario, es necesario plantearse con agudeza el problema de la relación entre conciencia y realidad, en otros términos, el problema de la relación entre una teoría democrática y una práctica democrática.

Casi nunca ha estado ajena a la crítica de la democracia la afirmación o más bien la acusación, de su unilateralidad y el de su carácter abstracto y por tanto falso.

El propósito de los movimientos populares consiste en superar esta unilateralidad y esta "falsedad" de la democracia, pero el mismo proceso de superación de la falsedad obliga a conservar la aspiración democrática y a operar permanentemente con ella. Este tema, varias veces enunciado, queda admirablemente expresado en la conocida frase... "no basta que el pensamiento se oriente hacia la realidad, la realidad misma debe orientarse hacia el pensamiento".

Cuando los sectores populares pretendieron introducir una forma de convivencia democrática en la sociedad, esto implicó, simultáneamente, un intento de encontrar el sentido de la democracia en su propia existencia. De ese modo la aspiración a la democracia por parte de los sectores populares es el intento de encontrarse con su propia historia y con la historia de los otros pero no como una simple suma, sino como la búsqueda, a pesar de los conflictos que implica, de una historia que supere las parcialidades.

Cuando señalamos esto, es que pretendemos reaccionar, en alguna medida contra un tópico bastante difundido, el que grandes sectores de personas pueden ser englobadas en la categoría de masas, en cuanto son pensadas como objetos de la historia y no como sujetos de la misma. Esto ha llevado a poner el énfasis en la complejidad de una "democracia de masas", en donde la persona es "cosificada" y en la medida en que son considerados objetos, son posibles de manipulación.

Es a través de su acción y comportamiento colectivo que los sectores populares han planteado permanentemente el problema del *sentido* de la historia de nuestros países y esto supone su existencia como ser histórico y no como una simple masa.

Por consiguiente la recuperación de la historia desde una perspectiva popular aparece como una tarea urgente y necesaria si se quiere pensar en una alternativa democrática en donde los sectores populares tengan una participación activa y consciente y no sean reducidos sólo a objetos de la misma.

LOS PROBLEMAS DE UNA PERIODIZACIÓN HISTÓRICA DEL MOVIMIENTO POPULAR

En el análisis del proceso político latinoamericano generalmente se ha intentado mostrar cómo se han ido constituyendo las distintas formas a través de las cuales se expresa la dominación. De tales intentos surge una dificultad para comprender el carácter del movimiento popular puesto que sus opciones y alternativas aparecen casi totalmente definidas por la dominación misma. No obstante, la dominación se constituyó casi siempre conflictivamente y surgieron frente a ella -y junto a ella en algunos casos- opciones y alternativas que constituyen la *historia propia* del movimiento popular.

Es así como las etapas políticas que constituyen la historia del movimiento popular están marcadas por el tipo de proyecto alternativo que han sido capaces de ofrecer los sectores dominados y las posibilidades políticas de implementarlo.

1. *Período de Conflicto Oligarquía-Pueblo*. En el proceso de constitución de la dominación "burguesa" en enfrentamiento con la dominación oligárquica implica una reordenación del sistema político con el fin de establecer nuevas formas de poder y autoridad constituyendo un "orden legítimo" y que en torno de este se logre el consentimiento y la obediencia de las clases y grupos de la sociedad.

No obstante los sectores populares, aunque comparten la orientación anti-oligárquica, pretende definir el momento político, como un "momento revolucionario" que en muchos casos consideran como inminente.

Dos ideas surgen con fuerza en este momento, una de ellas la de la "inminencia de la revolución" y la otra el "carácter revolucionario del pueblo". No debe olvidarse que este período coincide con la presencia de la Revolución Rusa y la intensa agitación que precedió a la Primera Guerra Mundial en la mayoría de los países europeos.

No se postula que la totalidad de los sectores populares adhirieron a esta ideología, evidentemente que se trata de grupos relativamente minoritarios pero en la medida en que empieza a surgir un proyecto alternativo a la "dominación oligárquica", éste no coincide plenamente con las formulaciones de la burguesía. En los casos de presencia de concentraciones obreras de significación, especialmente en donde los obreros mineros constituyen un conglomerado apreciable, la noción de pueblo está altamente identificada con la de proletariado, aunque esto no implica que ambas sean una y la misma cosa. La noción de

"pueblo revolucionario" permitió la presencia activa de intelectuales y de la juventud. Desde la Reforma Universitaria de 1918, al Movimiento Juvenil se identifican, por lo menos ideológicamente, con una alternativa revolucionaria.

La "inminencia de la revolución" permite postular la inmediatez de la alternativa socialista, por otra parte el carácter "revolucionario" del pueblo hace que este objetivo pueda ser asumido por todos, tendiéndose más a formación de un "movimiento revolucionario" que a la constitución de un partido de clase.

Por paradoja entonces la disposición revolucionaria no depende tanto del sector social que con más propiedad se represente, puesto que por definición "todo el pueblo lo es", sino de la "voluntad" de los dirigentes o del partido mismo.

2. *Período de Alianza de Clases.* El supuesto del "pueblo revolucionario" se originaba en los partidos o movimientos policlasistas. Estos se postulaban como alternativa de gobierno, y sus dirigentes como hombres de gobierno en representación del pueblo; el partido es por definición el pueblo gobernante. A pesar de esto, la tendencia es que empiezan a perfilarse con mayor nitidez los intereses específicos de clases y grupos. La clase obrera tiende a afirmar su condición de tal y su "identidad", y si bien mantiene en muchos casos la alternativa del socialismo, lo traslada al largo plazo y opta por una política inmediata de alianzas que le permiten ocupar un "espacio" en la sociedad política.

A pesar de todo no se abandona la idea de lo popular, pero ésta intenta expresarse a partir de la condición obrera, presentándose a través de sus demandas como la fracción más organizada y consciente de lo que es el "pueblo". La clase obrera no se diluye en el pueblo sino que pretende representarlo en la alianza.

El objetivo inmediato pasa a ser el mejoramiento de las condiciones de vida, principalmente a través del desarrollo industrial, mayor y mejor educación, salud, vivienda, etc., es decir una "democracia social" que permita crear las condiciones a futuro de una alternativa socialista. En la alianza que se postula el objetivo inmediato aparece como un proyecto nacionalista, antiimperialista, y anti-oligárquico; el socialismo es menos significativo que el proceso de liberación nacional. Pero cuando el propio desarrollo interno que la alianza propugna pasa del énfasis distributivista ("democracia social") a un énfasis "productivista" se resquebraja la alianza, aumentan los conflictos con la burguesía y se recupera la idea de una alternativa socialista. El hecho de la revolución cubana contribuye a profundizar este proceso.

Conviene advertir, sin embargo, que no siempre en el momento de la alianza de clases los sectores populares mantuvieron presente la alternativa socialista, ni aun en el largo plazo. La fórmula era la adhesión a un "populismo" que se presentó a sí mismo como revolucionario, sin socialismo y sin oligarquía. En tal circunstancia la alianza de clase está mucho más signada por la manipulación de la noción de pueblo.

3. *La incidencia de la Revolución Cubana.* La revolución Cubana desde sus inicios y posteriormente en virtud de sus cambios y transformaciones da origen a una reformulación de las orientaciones ideológicas tradicionales: no sólo de los sectores populares, sino al mismo tiempo, tiene gran influencia en otro sentido, en otros grupos tales como los sectores medios y la burguesía.

No debe olvidarse que en un principio la Revolución Cubana parecía inscribirse en el amplio espectro de caída de las dictaduras latinoamericanas de fines de la década de los 50 y, por consiguiente, se le considero inscrita en la recuperación de la forma democrática. Todo esto llevó a que en sus orígenes contara con las simpatías de amplios sectores latinoamericanos: sectores de la burguesía modernizante y progresista. No obstante el desarrollo interno del proceso revolucionario fue conduciendo cada vez más a un enfrentamiento conflictivo con los intereses de los EEUU y a una autodefinición por parte de los revolucionarios del carácter socialista del proceso que habían iniciado.

La Revolución Cubana planteaba un grave dilema respecto al conjunto de las opciones políticas latinoamericanas. Expresaba las aspiraciones más o menos generalizadas y con amplias bases de apoyo social, de lograr las transformaciones económicas, políticas y sociales de las estructuras de la mayoría de los países, como también la reformulación de las formas tradicionales de dominación. El proceso cubano había emprendido decididamente este camino poniendo en marcha ambiciosos programas de reforma agraria, transformación de la estructura económica dependiente, ampliación rápida del sistema educativo, etc., etc.

El modelo no dejaba de ser atractivo y parecía difícil oponer a él la imagen de una sociedad atrasada, inmovilista y represiva. La política de "Alianza para el Progreso", si no totalmente, por lo menos una buena parte, fue un intento de proporcionar una alternativa de transformación a través de cauces que no condujeran en forma tan peligrosa a opciones socialistas. Las mismas frustraciones de la "Alianza para el Progreso" llevaron a profundizar las opciones políticas posibles: el rechazo a Cuba no parecía avalado por una alternativa real de transformación de modo que la tendencia fue a rechazar violentamente y como "maligno" el ejemplo cubano y reforzar la validez de lo existente sin preocuparse ya mucho de la presentación de modelos alternativos, de modo que para gran parte de los sectores populares latinoamericanos las alternativas "progresistas" aparecían cerradas, quedando como vigentes -a pesar de los peligros- opciones más drásticas tales como las que el proceso revolucionario cubano implicaba. No se pretende señalar con esto que la totalidad del movimiento popular latinoamericano se revolviese en "socialista y Castrista", puesto que bastante lejos de ello se estuvo; pero sí, es claro que el problema de la *necesidad* de la revolución volvió a tener extraordinaria vigencia.

No sólo los sectores populares se plantean el problema de la revolución: este problema pasa a constituirse en problema del conjunto de la sociedad; sectores medios, burguesía, entienden que no es imprevisible que procesos indicados con participación activa de los sectores populares desemboquen en procesos revolucionarios y de corte socialista.

Conviene señalar que también la Revolución Cubana tuvo un enorme impacto generacional; la juventud en general y grandes sectores de la juventud estudiantil y universitaria adhirieron a la ideología y a la opción revolucionaria. La posibilidad de la revolución como tarea de la juventud que se identificaba con la propia juventud de los líderes cubanos causó un enorme impacto. Además, la idea de poder construir en el momento una nueva sociedad resultaba mucho más atractiva que la imagen de un lento y laborioso trabajo de muchas generaciones.

La presencia de la revolución alteró, como se ha dicho, el cuadro de las opciones políticas. No es el caso trazar aquí la secuencia de las distintas alternativas que tuvo la influencia de la política inspirada en la Revolución Cubana en los distintos países latinoamericanos: las alternativas de la guerrilla, las distintas variantes en los movimientos insurreccionales, etc.; sólo cabe destacar que la Revolución Cubana replanteó para el movimiento popular el problema de la Revolución y que las opciones de los distintos grupos frente a ella, replanteó a la vez el problema de las alianzas de los grupos y clases sociales, como también el problema de las opciones en relación a las distintas fuerzas que en el campo de las relaciones internacionales tenían vigencia. Los distintos procesos políticos latinoamericanos no pudieron eludir estas temáticas y trataron, de algún modo y con grandes variaciones, de dar respuesta a tales problemas.

4. *La presencia del Autoritarismo.* Hemos visto anteriormente que la emergencia de una burguesía industrial y financiera cada vez más fuerte internamente, aunque en alianza con el gran capital extranjero, comenzó a poner en peligro la subsistencia del "Estado de compromiso". Por su parte, el fortalecimiento del proletariado industrial lleva a éste a buscar alianzas con otros sectores populares -campesinos y marginales- en pos de la realización de un proyecto político alternativo. Las contradicciones se agudizan hasta el extremo de no hacer viable tal Estado de compromiso y la pugna por imponer proyectos propios cobra mayor fuerza. El problema radica fundamentalmente en las posibilidades que tiene cada uno de los sectores en pugna para instaurar su proyecto. En este sentido los sectores populares carecen en general de la capacidad de imponer frontalmente un proyecto socialista, a la vez que suelen ser desbordados en la medida que planteen una política reformista o de conquista de cuotas de poder. No es de extrañar entonces que el "Estado de compromiso" vaya inclinándose progresivamente en favor de los sectores económicamente dominantes. Donde la movilización de los sectores populares alcanzó la fuerza suficiente como para oponerse a esa tendencia se forzó el enfrentamiento directo instaurándose regímenes autoritarios que facilitaron la formulación expresa de las políticas adecuadas a este reordenamiento capitalista interior en concordancia con el "nuevo carácter de la dependencia".

La creación de los nuevos regímenes autoritarios de vocación defensiva, si bien no tienen por qué ser considerados como el futuro fatal para todos los países de la región, influye sustancialmente en la dirección y posibilidades políticas no sólo de los países bajo control autoritario, sino también para los otros. Así como la Revolución Cubana volvió a plantear la realidad del socialismo como proyecto para la región, la Revolución Brasileña ha hecho presente la realidad del capitalismo autoritario.

Podría decirse, en cierto sentido, que los sectores populares entran a partir de entonces en una etapa de repliegue. En los regímenes autoritarios la lucha parece centrarse mucho más en la recuperación de algunas garantías de la democracia burguesa que en el proyecto socialista. Motivado muy directamente por su pérdida, los derechos formales, vistos en muchos casos como creación autárquica de la burguesía y otros sectores dominantes, en cuanto mecanismos "más apropiados a su dominación", pasan ahora a ser valorados como reales conquistas de los sectores populares o, al menos, como transacciones entre los intereses de los grupos dominantes y las demandas de los sectores populares. El núcleo de las acciones emprendidas por éstos últimos está dirigido a la "recuperación de la democracia", buscando aliados y ensayando nuevas tácticas de lucha. A su vez, en los países que conservan una cierta democracia formal parece surgir con principal preocupación el mantenimiento de este régimen trabajando, dentro de él, por su ampliación. En líneas generales, el tema de la democracia ha desplazado en el plano inmediato al tema del socialismo. Esto podría ser aparentemente similar a lo ocurrido en el período de las alianzas de clase en que se inscribieron los sectores populares en los años que siguen a la crisis económica de los años 30 y que empujan el desarrollo industrial, abandonando la idea de la eminencia del socialismo sustentada por los primeros núcleos obreros. Sin embargo, es necesario destacar que esta revalorización de la democracia formal arranca no sólo de la consideración de "un mal menor" frente al autoritarismo, sino de las dificultades crecientes que experimentan los grupos dominantes para mantener su poder en un proceso de ampliación democrática.

Pudiera ser que este aparente repliegue de los grupos dominados obedeciera no sólo a la situación obviamente desmedrada en que se encuentran estos sectores en los regímenes autoritarios, sino fundamentalmente a un cambio en las posibilidades alternativas que se han producido a partir de las modificaciones en la composición del bloque en el poder que ha repercutido en las posibilidades de alianza y frente político. En efecto, el actual esquema que parece imponerse en América Latina, al menos en los países de mayor desarrollo relativo, contemplaría una especie de desarrollo capitalista subordinado que se basaría en una unión entre el capital nacional, capital internacional y capital estatal. Esta situación parece alejarse bastante del antiguo proyecto popular frentista que descansaba en las posibilidades de alianza con la "burguesía nacional" que impulsara una política desarrollista de redistribución del ingreso y aumento de la participación. La internacionalización del mercado interno que corresponde a este "nuevo carácter de dependencia" plantea a los sectores populares una situación social y política distinta que incide en sus posibles proyectos alternativos. Ya se trate de los nuevos regímenes autoritarios o de los que mantienen la vigencia de la democracia liberal, la transformación de la burguesía nacional (donde y si la hubo) en burguesía asociada subordinadamente al capital extranjero incide fuertemente en la pérdida de vigencia de la alternativa de revivir el Estado de Compromiso, pero, a la vez, debido al rigor creciente que muestra el nuevo modelo, debilita la vía insurreccional socialista como posible extensión de la experiencia cubana. El enfrentamiento frontal, cuando y en la medida que se produce, significa duras pérdidas para los movimientos políticos que pretenden dirigir a los sectores populares.

Lo anterior no desdice la existencia de una lucha popular en pro de la vuelta de los derechos democráticos en los estados autoritarios o de su profundización y realización efectiva en los que mantienen la democracia formal.

DEMANDA DEMOCRÁTICA, DEMANDA SOCIALISTA Y LA LÓGICA POLÍTICA.

Plantear el problema de la presencia de los sectores populares en el proceso político latinoamericano implica no sólo hacer referencia al hecho de que constituyen para la "sociedad", o más concretamente para los sectores dominantes, un conglomerado de personas a las cuales es necesario incorporar, sino también significa la necesidad de preguntarse cuáles son y han sido las demandas de estas masas presentes. Las más de las veces estas demandas han sido, en el análisis, reducidas a

las peticiones de incorporación a una vida ya existente, lo que daba al problema una extraordinaria simplicidad. Los sectores populares han pedido trabajo, vivienda, salud y un mínimo de participación en la vida política. En esta perspectiva el problema se ha reducido al "punto de vista" de las mismas clases o sectores dominantes y la dificultad estribaba en saber si el proyecto en curso y la alternativa democrática hacían o no viables tales demandas y modos de incorporación. ¿Era posible o no crear el número necesario de puestos de trabajo? ¿Se contaba o no con recursos económicos para poner en marcha un programa de viviendas? ¿Las instituciones existentes resistían la ampliación que significaba la incorporación a ellas de nuevos grupos? Lo que no se planteaba era que la demanda de las "masas" también contenía políticas que no se reducían a una mayor participación en lo existente, sino que a través de distintas formas e ideologías políticas las "masas" planteaban además alternativas de sociedad, y es esto lo que da comprensión al tema de la "lógica política del proceso latinoamericano". El estado como forma y sistema de estructuración del poder por parte de clases y grupos determinados, no sólo se pregunta a sí mismo cómo le es posible incorporar a "su modo de ser" a la mayor parte de la población, sino también cómo responde a proyectos de sociedad, distintos a los que él expuso y que son alternativos.

El modo más tajante en donde "una alternativa de sociedad" aparece expresada es el que asume el socialismo. A menudo se argumenta que esto sólo aparece expresado por minorías, que no es asumido por la totalidad de los sectores populares y ni siquiera por la mayoría de quienes se suponen sus portadores, la clase obrera; y que por lo demás en el caso de América Latina ha sido las más de las veces sólo formulación de pequeños grupos intelectuales de escasa representación. No obstante, el simple de su posibilidad ha definido y define la "lógica política" de los Estados de nuestros países, y plantea con fuerza el problema de las alternativas democráticas. Por lo demás, en la medida en que los sectores populares han adoptado otras ideologías: nacionalismo, populismo u otras, se han hecho presentes en ellas, formas, aunque sea embrionarias, de alternativas socialistas.

En la perspectiva que adoptamos, la "presencia de los sectores populares" adquiere significación en la medida en que constituye un proyecto de alternativa de la sociedad. Cómo y cuándo ese proyecto se constituye y cuál es su contenido social es lo que nos interesa empezar a perfilar.

No se trata aquí de recobrar una secuencia -que tendría validez en otro contexto- que vaya desde los precursores hasta las formas más acabadas de su planteamiento. Nos interesa recoger los problemas, no en su dimensión temporal, sino en la medida en que se han planteado al Estado y a la dominación existente la necesidad de formular frente a ellos respuestas e iniciativas que ponen de relieve que la "lógica política" no es sólo la capacidad de desarrollar un proyecto propio sino también la intención de conjurar y responder a proyectos diversos y a menudo antagónicos.

En los planteamientos teóricos más comunes en relación al surgimiento de la alternativa socialista, se señala que el surgimiento del capitalismo constituye por sí mismo, la posibilidad del socialismo. La dominación burguesa no sólo impone contra otras fuerzas y modos anteriores de organización social su forma de ser, sino que crea también la posibilidad de su propia superación. Pero la dominación burguesa no es única e inmutable sino que cambia y adopta distintas formas, esto hace que las alternativas a ella planteadas adquieran modos y expresiones distintas. Un análisis bastante difundido en el estudio de la historia del socialismo es rastrear desde sus primeros balbuceos, "los precursores", hasta alcanzar las formas más desarrolladas y perfectas del mismo. La fórmula del "socialismo utópico al socialismo científico" pareciera ser el paradigma de tal concepción; una marcha hacia el progreso donde el socialismo se va despojando de sus "errores" para alcanzar su formulación exacta definitiva.

Sin entrar en la discusión de la afirmación precedente, pareciera de interés comprender en cada momento la real significación histórica de la alternativa socialista. Los modos específicos de la formación capitalista y de la dominación burguesa plantean distintas posibilidades en cada circunstancia a la alternativa de sociedad que el socialismo implica. En otras palabras, y en referencia concreta a América Latina, en los años 30 y aún con anterioridad, en la mayor parte de los países latinoamericanos las formas capitalistas, aunque existentes, aparecen entremezcladas con persistentes estructuras pre-capitalistas, y no sólo en el agro, las estructuras institucionales, el régimen político, las formas culturales, etc., presentan características del tradicionalismo que difícilmente corresponden a un modo "capitalista y burgués" en sentido estricto. No obstante la reivindicación socialista es de extraordinaria fuerza ideológica; el movimiento obrero se asume como tal; lo mismo sucede en la juventud universitaria con su demanda de Reforma en los años 18 y 20 y en su carácter de intelectualidad (hacemos referencia al socialismo en su sentido más amplio incluyendo al anarquismo o "socialismo libertario", como se decía en la época). No basta para explicar el hecho la referencia a la adopción de una "moda", sea porque era traída por los obreros de origen inmigrante italianos, españoles, alemanes, o por el impacto a partir de los "veinte" de la Revolución Rusa. Tales acontecimientos tuvieron importancia sin duda, pero lo valedero era que a la dominación existente se oponía como ideología y como alternativa el "socialismo" y no da cuenta de su significación el señalar que fueron los "precursores", pues eso sólo los refiere a un presente actual, restándole significado a lo que fueron.

El surgimiento del "Estado moderno" en América latina, que también se ubica por esas fechas, no responde sólo a la necesidad interna de transformarse; es también respuesta al surgimiento de una alternativa de sociedad expresada en las formulaciones socialistas. El "problema obrero" que pasa a ser preocupación de casi todos los Estados de la época, adquiere una particular connotación, no por el hecho de que "existen obreros" sin porque éstos se definen a sí mismos como "socialistas"; lo mismo sucede con la "modernización" de las instituciones políticas, con la universidad y otras estructuras.

Pero un hecho conviene destacar: hemos señalado que en el primer momento, la alternativa socialista surge de una oposición básica, la contradicción entre oligarquía y "pueblo", en donde el "pueblo es indiferenciado y es la totalidad de él la que puede realizar el socialismo". Otros grupos, sectores de la burguesía, sectores medios, que también son antioligárquicos podrán transformar la oposición y sus alternativas desarrollando en otro sentido la oposición a la oligarquía. Modernización antioligárquica, pero en la medida en que se realiza desplazará el problema del socialismo.

La dominación oligárquica es real. También lo es la alternativa del socialismo. El programa de modernización que se impulsará (en los casos en que pudo tener lugar) deberá tener en cuenta ambos términos. La lógica política de los nuevos grupos que participan en el Estado, no sólo se comprende como la intención de modernización sino que también tiene como referencia encarar el problema del socialismo tal como hasta ese momento había sido planteado. Y no pretendemos que se trata sólo de un problema de maquiavelismo político, de "cambiar algunas cosas para que todo permanezca igual"; es cierto que se señala que si algunas reformas no son introducidas las consecuencias que podrían derivarse serían catastróficas. Lo que surge es la necesidad del "reformismo" y éste siempre tiene dos vertientes, una que trata de salvar de lo existente el máximo posible y la otra que trata de encararse a lo nuevo con el mínimo de riesgos y turbulencia. En el fondo del movimiento popular había planteado el problema de la revolución y frente a ésta surge el reformismo y es claro que en él aparecerían sus dos caras. Para el tema de la lógica política del Estado, esto tiene importancia, puesto que las políticas de modernización, donde tiene lugar, pueden comprenderse en una doble perspectiva, afirmación anti-oligárquica e intento reformista en los sentidos que hemos señalado.

Pero en la medida en que, en algunos casos, los intentos reformistas aparecen exitosos, no por eso deja de plantearse el problema del socialismo.

Revolución y socialismo en el primer caso aparecían identificados; el proceso de modernización que se liga al reformismo da origen, en lo que a los sectores populares se refiere, a dos alternativas: por una parte puede asumirse por los sectores populares y obreros el valor del reformismo dando así origen a un "reformismo obrero". El supuesto es que el conjunto de las transformaciones de la sociedad van en la "dirección del socialismo", coincidiendo así el movimiento general de la sociedad con la meta del socialismo. La otra posibilidad es que valorándose la "modernización" como positiva para el conjunto de la sociedad, no obstante la alternativa socialista, queda reducida a la "clase obrera". En otros términos, se debe admitir un interés general: "el progreso" o "modernización" y un interés particular el "socialismo" que solo puede retornar a su significado general, cuando el progresismo o la modernización se agote. El punto central es el carácter de la revolución. En el primer caso, revolución anti-oligárquica y socialismo aparecían identificados, la dominación oligárquica debía ser reemplazada y la única opción para el conjunto de la sociedad (se postulaba) era el socialismo. En el segundo caso, la modernización es una opción para la sociedad. La revolución socialista no podía ya postularse como única alternativa.

El problema del socialismo en el ámbito de la modernización adquiere pues otra dimensión y esto se refleja en la relación que se establece con el conjunto de las distintas clases sociales. Si la "modernización" aparece como alternativa para el conjunto de la sociedad es porque hay clases y grupos que la hacen posible y la asumen. Si a través de la inmediatez de la revolución era posible el proponer a la mayoría de las clases y grupos la alternativa del socialismo, el que éstos hubieran adquirido otra perspectiva obligaba a redefinir las proposiciones de alianza que se efectuaban.

Las formas histórico-concretas muestran sinnúmero de complejidades; por ejemplo, en el caso del "cardenismo" en el proceso mexicano, la nacionalización del petróleo no sólo tomaba un carácter progresista. Era a la vez, por lo menos en las formulaciones de los discursos, intención de socialismo, del mismo modo la agudización del proceso de la Reforma Agraria en lo éjidos no se postulaba sólo como modernización del agro sino como inicios de procesos orientados hacia el socialismo en el campo. En algunos momentos del Frente Popular chileno ciertos avances políticos y que se expresan en políticas estatales toman ese carácter; pero aquí los avances tienen un carácter más ambiguo, la creación de algunos entes estatales, la Corporación de Fomento por ejemplo, los programas de Salud Pública se formulan -aunque tímidamente- como en dirección al socialismo. No ocurre lo mismo con el problema agrario; para éste sólo se pide modernización, y es tal la diferencia que se establece entre uno y otro que los sectores obreros y los partidos políticos de izquierda, miembros de la coalición gobernante, se desatienden de su capacidad de acción en el agro para concentrar su esfuerzo en donde para ellos la modernización puede hacerse compatible con una perspectiva socialista. Los ejemplos podrían multiplicarse y mostrar a través de ellos los distintos matices.

No obstante lo que se quiere subrayar es lo siguiente: para quienes plantean el socialismo, en un primer momento esto coincide con la revolución y la lógica política, en algunos de sus aspectos, está referida a este hecho. Con el surgimiento de la alternativa de la modernización, el socialismo asume el problema de la transición y su problema es orientar el sentido de la modernización en la dirección del socialismo, o en algunos casos robustecer su presencia aceptando que está presente pero que no constituye aún alternativa para la totalidad. La lógica política tendrá que tener en cuenta este hecho; para los grupos modernizantes el problema será darle al "modernismo" el carácter de una opción de sociedad que incluso aceptando algunos de los postulados del socialismo los incorpore, sin hacer de él una opción última.

Un fenómeno interesante es cómo se plantea el problema específico de la democracia como sistema político e institucional en la década del 40 y el 50, el fenómeno de la presencia de los sectores populares da sentido a las opciones que se plantean. En algunos casos la dictadura pura y simple es la forma de detener la amenaza potencial que las masas significan; en otras dictaduras de corte populista rechazan los aspectos formales de la democracia y se justifican señalando que los verdaderos intereses populares están en la satisfacción de sus demandas más inmediatas con prescindencia de una institucionalidad democrática; por último, otras afirman que sólo la incorporación democrática de las masas hará posible conjurar una temida irrupción revolucionaria.

Tres alternativas frente a la presencia de los sectores populares, pero las tres señalan en el fondo que no es sólo la presencia de éstos lo preocupante. En ellas está presente, quiérase o no, una alternativa de sociedad.

El caso de la Revolución Cubana contribuye a esclarecer el problema. Saludada primero como recuperación democrática por el derrocamiento de la dictadura batistiana, se transforma a poco andar en peligrosa revolución socialista. No cabe aquí describir el conjunto de acontecimientos que llevaron a ello y la hicieron posible, pero sí es indudable que volvió a plantear el problema del socialismo como alternativa de revolución. ¿A qué podía deberse este hecho? ¿A una insuficiencia de la

modernización? ¿A un agotamiento de la misma? Quizá convendría buscar en el desarrollo de la modernización misma -en las contradicciones que generó- la respuesta al problema.

Cierto es que el simple hecho de la presencia de una Cuba socialista influyó poderosamente en generar una profunda desconfianza, en las solas ventajas de la modernización; fueron pocos los que tomaron en serio el que apresurar y aumentar la modernización podía constituir una alternativa válida, de ahí la escasa confianza de los grupos dominantes a alternativas como "Alianza para el Progreso", las viejas fórmulas parecían por ya probadas, como más seguras. Pero también se intuía que la modernización misma, tal como se estaba llevando, replanteaba el tema de la inmediatez del socialismo. Y esto a contrapelo de las formulaciones teóricas de los mismos revolucionarios quienes querían fundar el socialismo en el impulso revolucionario de los más desposeídos.

La misma modernización había hecho posible formas de organización más consistentes en los grupos obreros y de los grupos campesinos ahí donde la reforma agraria había tenido lugar y éstos no sólo eran parte satisfecha de una modernización que los beneficiaba, sino que representaban una fuerza real a partir de la cual una alternativa de sociedad ya no sólo era posible sino que incluso tenía presencia.

Sindicatos organizados, partidos estructurados y movimientos campesinos eran amenazas más reales -aunque no fuesen tan espectaculares- que la insurrección de marginales y postergados y éstos fenómenos habían surgido con el proceso de modernización mismo.

La modernización suponía democracia, para ésta quería manifestarse en el seno mismo de la modernización. El problema del poder se planteaba en toda la estructura de la sociedad, en el aparato político, en la empresa, en las relaciones de propiedad. Por esta vía el problema del socialismo volvía a manifestarse como problema en el seno mismo de la democracia, la lógica política se centraba en un punto y éste era el poder social, el Estado no escapaba al conflicto, para postularse como democrático tenía que incorporar el problema del socialismo.